



El Papa Francisco, en su Exhortación apostólica sobre el amor en la familia, valora y agradece el servicio de las mamás. Dice así:

“Sus capacidades específicamente femeninas —en particular la maternidad— le otorgan también deberes, porque su ser mujer implica también una misión peculiar en esta tierra, que la sociedad necesita proteger y preservar para bien de todos.

De hecho, «las madres son el antídoto más fuerte ante la difusión del individualismo egoísta [...] Son ellas quienes testimonian la belleza de la vida». Sin duda, «una sociedad sin madres sería una sociedad inhumana, porque las madres saben testimoniar siempre, incluso en los peores momentos, la ternura, la entrega, la fuerza moral. Las madres transmiten a menudo también el sentido más profundo de la práctica religiosa: en las primeras oraciones, en los primeros gestos de devoción que aprende un niño [...] Sin las madres, no sólo no habría nuevos fieles, sino que la fe perdería buena parte de su calor sencillo y profundo. [...] Queridísimas mamás, gracias, gracias por lo que sois en la familia y por lo que dais a la Iglesia y al mundo» (Nos. 173-174).

**¡Gracias, mamás, por su servicio constante y su entrega callada vividos día a día!
¡Que el Señor las bendiga y recompense!**

HOJA DOMINICAL

La Semilla de la Palabra

La Ascensión del Señor



Año 16

Número 765

8 de mayo, 2016

Diócesis de Ciudad Guzmán

Ser testigos de Jesús

Este domingo celebramos la Ascensión del Señor Jesús. En el texto del Evangelio, san Lucas nos narra la aparición de Jesús a sus discípulos antes de subir al cielo.

Les recuerda que Él tenía que padecer, morir en la cruz y al tercer día resucitar. Pues el camino hacia el cielo, pasa necesariamente por el sufrimiento de la cruz. Enseguida, les dice que en su nombre se habría de predicar la conversión a todas las naciones para el perdón de los pecados, animados por la fuerza del Espíritu Santo, pues ellos serán testigos de su amor y mensajeros de la Buena Noticia.

Pero tal parece que a los discípulos no les queda claro ni el camino ni la misión que deben realizar. De ahí la orden tajante de no emprender nada antes de ser revestidos con la fuerza del Espíritu.

La Ascensión de Jesús representa su exaltación y consagración como el Hijo que cumple su misión y regresa al Padre. Es el triunfo de su proyecto que abre el camino a la misión. La ausencia física de Jesús tiene una enseñanza pedagógica que hará crecer a sus seguidores, ya que serán los responsables de continuar con la tarea de hacer presente el Reino. Sus discípulos inician su caminar con la bendición de Jesús, la misma que daba Él cuando curaba a los enfermos, perdonaba a los pecadores y abrazaba a los niños. Este signo les da fuerza para enfrentar los desafíos.

Ahora, la fiesta de la Ascensión del Señor nos recuerda que, terminada la presencia terrena de Jesús, vivimos “el tiempo del Espíritu”, tiempo de creatividad y de crecimiento responsable. El Espíritu no proporciona a los seguidores de Jesús “recetas”, sino que nos da luz y aliento para buscar nuevos caminos y responder a las necesidades de nuestros tiempos.



La Semilla está en Internet: www.elpuente.org.mx

Salmo Responsorial
(Salmo 46)

*R/. Entre voces de júbilo,
Dios asciende a su trono.*

Aleluya

**Aplaudan, pueblos todos;
aclamen al Señor,
de gozo llenos; que el
Señor, el Altísimo, es
terrible y de toda la tierra,
rey supremo. R/.**

**Entre voces de júbilo y
trompetas, Dios, el Señor,
asciende hasta su trono.**

**Cantemos en honor
de nuestro Dios,
al rey honremos y
cantemos todos. R/.**

**Porque Dios es el rey
del universo, cantemos el
mejor de nuestros cantos.**

**Reina Dios sobre
todas las naciones
desde su trono santo. R/.**



Aclamación antes
del Evangelio
(Mt. 28, 19-20)

R/. Aleluya, Aleluya

**Vayan y hagan discípulos
a todos los pueblos, dice el
Señor, y sepan que yo estoy
con ustedes todos los días
hasta el fin del mundo.**

R/. Aleluya, Aleluya

La Palabra del domingo...

Del libro de los Hechos de los Apóstoles

(1, 1-11)

En mi primer libro, querido Teófilo, escribí acerca de todo lo que Jesús hizo y enseñó, hasta el día en que ascendió al cielo, después de dar sus instrucciones, por medio del Espíritu Santo, a los apóstoles que había elegido. A ellos se les apareció después de la pasión, les dio numerosas pruebas de que estaba vivo y durante cuarenta días se dejó ver por ellos y les habló del Reino de Dios.

Un día, estando con ellos a la mesa, les mandó: “No se alejen de Jerusalén. Aguarden aquí a que se cumpla la promesa de mi Padre, de la que ya les he hablado: Juan bautizó con agua; dentro de pocos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo”.

Los ahí reunidos le preguntaban: “Señor, ¿ahora sí vas a restablecer la soberanía de Israel?” Jesús les contestó: “A ustedes no les toca conocer el tiempo y la hora que el Padre ha determinado con su autoridad; pero cuando el Espíritu Santo descienda sobre ustedes, los llenará de fortaleza y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los últimos rincones de la tierra”.

Dicho esto, se fue elevando a la vista de ellos, hasta que una nube lo ocultó a sus ojos. Mientras miraban fijamente al cielo, viéndolo alejarse, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: “Galileos, ¿qué hacen allí parados, mirando al cielo? Ese mismo Jesús que los ha dejado para subir al cielo, volverá como lo han visto alejarse”.

Palabra de Dios.

R/. Te alabamos, Señor.

De la carta a los hebreos

(9, 24-28; 10, 19-23)

Hermanos: Cristo no entró en el santuario de la antigua alianza, construido por mano de hombres y que sólo era figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para estar ahora en la presencia de Dios, intercediendo por nosotros. En la antigua alianza, el sumo sacerdote entraba cada año en el santuario para ofrecer una sangre que no era la suya; pero Cristo no tuvo que ofrecerse una y otra vez a sí mismo en sacrificio, porque en tal caso habría tenido que padecer muchas veces desde la creación del mundo. De hecho, él se manifestó una sola vez, en el momento culminante de la historia, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo.

Y así como está determinado que los hombres mueran una sola vez y que después de la muerte venga el juicio, así también Cristo se ofreció una sola vez para quitar los pecados de todos. Al final se manifestará por segunda vez, pero ya no para quitar el

pecado, sino para la salvación de aquellos que lo aguardan y en él tienen puesta su esperanza. Hermanos, en virtud de la sangre de Jesucristo, tenemos la seguridad de poder entrar en el santuario, porque él nos abrió un camino nuevo y viviente a través del velo, que es su propio cuerpo.

Asimismo, en Cristo tenemos un sacerdote incomparable al frente de la casa de Dios. Acerquémonos, pues, con sinceridad de corazón, con una fe total, limpia la conciencia de toda mancha y purificado el cuerpo por el agua saludable. Mantengámonos inmovibles en la profesión de nuestra esperanza, porque el que nos hizo las promesas es fiel a su palabra.

Palabra de Dios.

R/. Te alabamos, Señor.

Del santo Evangelio según san Lucas

(24, 46-53)

En aquel tiempo, Jesús se apareció a sus discípulos y les dijo: “Está escrito que el Mesías tenía que padecer y había de resucitar de entre los muertos al tercer día, y que en su nombre se había de predicar a todas las naciones, comenzando por Jerusalén, la necesidad de volverse a Dios para el perdón de los pecados. Ustedes son testigos de esto. Ahora yo les voy a enviar al que mi Padre les prometió. Permanezcan, pues, en la ciudad, hasta que reciban la fuerza de lo alto”. Después salió con ellos fuera de la ciudad, hacia un lugar cercano a Betania; levantando las manos, los bendijo, y mientras los bendecía, se fue apartando de ellos y elevándose al cielo. Ellos, después de adorarlo, regresaron a Jerusalén, llenos de gozo, y permanecían constantemente en el templo, alabando a Dios.

Palabra del Señor.

R/. Gloria a ti, Señor Jesús.